

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Hay fuerzas poderosas que impiden a los hijos adultos comprometerse plenamente en la recuperación. La culpa nos convence de que hay algo fundamentalmente mal en nosotros. El secreto nos sugiere que no exhibamos la disfunción familiar. La negación minimiza el impacto de las heridas de la niñez para que podamos seguir funcionando. Estos mecanismos de afrontamiento nos ayudaron a sobrevivir en ambientes inestables, pero con el tiempo nos dejaron desconectados de nuestras propias necesidades. Lo que empieza a cambiar ese patrón es la esperanza que se basa en la verdad.

La Segunda Lectura de este domingo nos recuerda de dónde surge esa esperanza (Romanos 5:1-2, 5):

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriarnos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios. La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado.

La esperanza no deriva de historias familiares perfectas ni de respuestas emocionales impecables. Descansa en el amor de Dios vertido en nuestros corazones. En la recuperación, la esperanza suele iniciar cuando alguien narra experiencias que creíamos que eran únicas para nosotros. Nos damos cuenta de que nuestra sobrevigilancia, complacencia hacia los demás o el temor tenían una razón. No estamos solos.

El Evangelio de este domingo nos presenta una vívida imagen de un anhelo no alcanzado (Juan 4:7-9, 13-15):

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”... Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”. La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla.”

Las vueltas constantes de la mujer al pozo reflejan los patrones que muchos desarrollamos para afrontar las situaciones. Podemos volver a estar con exceso de trabajo, dar de más o asilarnos emocionalmente, con la esperanza de sentirnos seguros. Sin embargo, esas estrategias pocas veces llegan a satisfacer de manera duradera.

Jesús no la hace sentir culpable por su historia. Reconoce su pasado y exhibe su sed más profunda. Los hijos adultos suelen llevar el anhelo de ser vistos y comprendidos sin ser juzgados. Cuando en la recuperación compartimos con honestidad y somos recibidos con compasión, la esperanza comienza a echar raíces. Empezamos a imaginar una vida que no está definida por viejos roles.

La mujer deja su cántaro y va a contarles a otros sobre su encuentro. De manera similar, nuestra disposición de detectar la disfunción y elegir la sanación se convierte en un testigo silencioso. Ya no estamos obligados a repetir el pasado.

La Cuaresma nos invita a sacar a la luz nuestra sed. El agua viva que Cristo ofrece nos encuentra a nivel de nuestra identidad. Somos hijos amados de Dios, no la suma de las fracturas de

nuestra familia. Al recibir esa verdad, la esperanza fortalece nuestra valentía para vivir de forma diferente.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- Cuando compartes con honestidad tu historia familiar, ¿cómo has experimentado la esperanza?

- ¿En qué aspectos de tu vida los viejos patrones de supervivencia te siguen dejando con sed espiritual?

- ¿Cómo percibes el confiar en que Cristo te recibe con compasión en lugar de con juicio?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 17:3-7

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:1-2, 5-8

EVANGELIO Juan 4:5-42

